

padre. Créame usted, será mucho mejor para uno y otro.

—Pues hasta mañana,—repuso Polaniecki, sintiéndose con menos valor para proseguir, y á pesar de que en cuestión de dinero, hubiese preferido que se le tratase como á judío.

—¿Quiere usted otra taza de té?

—No, gracias. Buenas noches.

Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, Polaniecki se puso de pie y tendió la mano á la joven. Tendiósela también ella, si bien con mucha menor cordialidad que la primera vez, y de tal suerte que él apenas le pudo tocar las puntas de los dedos.

—El criado le enseñará á usted su cuarto,—dijo la joven antes de alejarse.

Cuando se encontró solo, Polaniecki se sintió malhumorado contra sí mismo, Su conciencia le reprochaba el no haber obrado tal como se había propuesto, en vez de dejarse llevar de un sentimiento de compasión hacia la fatigada niña. No dejaba de contribuir también la señorita Plavicki á su malhumor; irritábase porque la muchacha le había gustado.

El mismo sentimiento que había experimentado á la vista del melancólico paisaje iluminado por la luna, lo experimentó ahora respecto á la joven.

Sus modales y su persona toda le eran simpáticos, hallaba en ella algo que le impresionaba fuertemente, con una impresión muy superior á cuantas había experimentado hasta entonces. Pero con frecuencia los hombres se avergüenzan de sus propios sentimientos, y esto le acaeció á Polaniecki, y

se juró proceder al siguiente día con un rigor inexorable.

Pero mientras interiormente se felicitaba por la resolución que acababa de tomar, maldecía el destino que le había enviado á Kerzemien con el carácter de acreedor; y por más esfuerzos que hacía para conciliar el sueño, éste se alejaba de sus ojos. El gallo entonó su primer canto matinal, los primeros y pálidos rayos del alba iluminaron con su lánguida luz los cristales de su ventana, sin que él hubiese conseguido alejar de su mente la melancólica imagen de aquella niña.

II

Era bastante tarde ya cuando fué á despertarle el criado, invitándole á que bajara á tomar el desayuno.

Polaniecki le preguntó si no había costumbre de desayunarse juntos en el comedor.

—No,—contestó el criado;—la señorita se levanta temprano y el señor duerme hasta una hora avanzada.

—¿Se ha levantado ya tu joven ama?

—La señorita ha ido á misa.

—¡Ah, sí! es verdad; hoy es domingo. ¿No va con su padre?

—No. El amo va á la misa mayor, y luego hace una visita al canónigo; por eso la señorita prefiere asistir á misa primera.

—¿Qué hacen tus amos el domingo?

—No se mueven de casa. Después de comer viene el señor Gatoski.

Polaniecki conocía desde niño á ese Gatoski, á quien se daba el apodo del *Oso* por ser grueso, rudo, tonto y regañón; mas el criado le advirtió que éste era el padre del señor Gatoski, y que había muerto hacía ya cinco años.

—¿Viene todos los domingos?—preguntó Polaniecki.

—A veces viene también los días festivos por la tarde.

—Un rival,—pensó Polaniecki.

Y tras breve pausa preguntó:

—¿Se ha levantado ya tu amo?

—El señor debe haber llamado, porque José está en su habitación.

—¿Quién es ese José?

—El ayuda de cámara.

—¿Entonces, qué eres tú?

—Yo ayudo al ayuda de cámara.

—Pues bien; anda á preguntar al señor Plavicki si me puede recibir.

Alejóse el criado volviendo á los pocos instantes.

—El señor me encarga le diga á usted que en cuanto se haya acabado de vestir se pondrá á su disposición.

—Está bien.

Salió el criado y Polaniecki quedó solo.

Aguardó largo rato y perdiendo al fin la paciencia, disponíase á bajar al jardín, cuando vino José á anunciarle que su amo le esperaba.

Polaniecki le siguió por un camino de árboles

hasta otra habitación situada al extremo opuesto de la casa.

De momento no reconoció al señor Plavicki. Recordaba á un hombre joven y extraordinariamente guapo; y ahora hallábase en presencia de un viejo arrugado con el bigote teñido y los cabellos también teñidos y cuidadosamente peinados. Era el viejo que quiere hacerse pasar por joven, sin que consiga otra cosa que aumentar la impresión de su decrepitud y dar muestras de una vanidad inextinguible.

El viejo abrió los brazos y exclamó:

—¡Estanislao! ¿Qué tal vamos, mi querido muchacho? Ven acá.

Y rodeando á Polaniecki con los brazos, lo estrechó contra su pecho.

Algunos minutos transcurrieron antes de que el señor Plavicki se decidiese á librar á Polaniecki de su abrazo.

Al fin le dijo con acento emocionado:

—Deja que te contemple. ¡Todo el retrato de Ana! ¡Mi pobre y adorada Ana!

Esto diciendo, se puso á sollozar, pasándose las manos por los ojos, en los cuales, sin embargo, no se percibía señal alguna de lágrimas, y luego prosiguió:

—El verdadero retrato de Ana... tu madre es la pariente á quien he profesado más cariño.

Polaniecki se hallaba en un verdadero apuro. Nunca se hubiera esperado una acogida semejante. Además le aturdió el olor de pomadas, esencias y otros perfumes que se desprendía del rostro, del

bigote, de los cabellos y de todo el traje del señor Plavicki.

—¿Y usted, querido tío, como sigue?—preguntó al fin, resolviéndose á emplear una frase que le era habitual cuando era niño, y tratando de dar á aquella el tono festivo propio de quien al fin vuelve á ver á una persona querida, después de una larga separación.

—¿Cómo sigo?—repitió el señor Plavicki.—¡Esto se acaba: me voy acercando á las postrimerías! Precisamente me alegro de que hayas venido á esta casa... Y si la bendición del individuo más viejo de la familia, para quien no ha de tardar en abrirse la tumba, tiene algún valor, yo te la doy.

Esto diciendo, abrazó de nuevo á Polaniecki, lo besó y lo bendijo. Este se hallaba cada vez más contrariado. En sus facciones se dejaba adivinar fácilmente el esfuerzo que hacía para contenerse. Realmente su madre estaba emparentada con la primera mujer del señor Plavicki, pero no la ligaban á ella los lazos de una verdadera amistad, por cuya razón aquellas demostraciones de cariño no le impresionaban en modo alguno, antes por el contrario, lo fastidiaban. El mismo tampoco experimentaba ni el más mínimo afecto hacia el señor Plavicki, y pensaba para sus adentros:

—Este insulso individuo me bendice en vez de hablarme de mi crédito.

Apoderóse de él la cólera y de nuevo se juró que sabría hacerse pagar incontinente. Entre tanto, el señor Plavicki exclamó:

—Siéntate, querido joven; aquí se te considera como si estuvieras en tu propia casa.

Polaniecki dió inmediatamente principio al ataque:

—Querido tío, no tengo necesidad de asegurar á usted que experimento un verdadero placer en haber venido á encontrarlos aquí y que lo habría hecho también si no estuviera de por medio cierto asunto. Ya sabe usted que el dinero que mi madre...

De pronto el señor Plavicki apoyó las manos en sus hombros y preguntó:

—Oye, ¿has tomado café?

—Sí,—contestó Polaniecki completamente desconcertado.

—Marina ha ido á misa. Debo suplicarte que me dispenses si no he destinado para tí esta habitación; pero estoy tan acostumbrado á dormir en ella... es mi nido.

Mientras hablaba, dirigía la mirada en torno suyo.

Polaniecki siguió involuntariamente aquella mirada.

En otro tiempo aquella habitación había ejercido sobre él un singular atractivo, porque en ella estaban colocadas las armas del señor Plavicki. En cambio ahora no había otra cosa que un tapiz nuevo de color de rosa dividido en muchos compartimientos, y en el cual se veían representadas varias jóvenes pastorcillas vestidas á la Watteau. Debajo de la ventana estaba colocado un pequeño tocador de mármol blanco con espejo encuadrado en un marco de plata y atestado de potes, cajitas, frascos, cepillos, peines, pinceles, etc. A un lado, en un ángulo de la habitación, un estante lleno de pipas;

en una de las paredes, encima del sofá, destacábanse algunas cabezas de jabalí, debajo de las cuales estaban colgados dos fusiles, zurrones, un cuerno y otros objetos de caza; la pared opuesta estaba ocupada por un escritorio y un estante para libros. En una palabra, era el cuarto de un señor viejo, del perfecto egoísta, déspota y lleno de cuidados por su propia persona.

No le fué preciso gran ingenio á Polaniecki para comprender que por nada en el mundo habría el señor Plavicki cedido su habitación.

El hospitalario señor continuó:

—Creo, sin embargo, que en la habitación que te he destinado habrás estado á tu gusto. ¿Qué tal has pasado la noche?... Dí, ¿supongo que serás nuestro huésped por una semana cuando menos?

Polaniecki, impaciente, se puso en pie y contestó: —Hágase usted cargo, tío, de que yo tengo abierto mi despacho en Varsovia, y que durante mi ausencia, mi socio se ve precisado á trabajar por dos. Tengo que partir lo más pronto posible y terminar en todo el día de hoy el asunto que me ha traído aquí.

—No, hijo mío, do puede ser. Hoy es domingo: hoy eres el sobrino que ha venido á hacer una visita al tío, mañana serás el acreedor. Tienes que someterte. Todos los asuntos se aplazan para mañana. Tienes que consentir, Estanislao, es tu deber. Te lo pide tu viejo pariente que te quiere, y que hasta tiene el derecho de exigir de tí un poco de cariño.

Polaniecki, cuyo semblante estaba cada vez más ceñudo, contestó, después de una breve pausa.

—Aplacemos pues los negocios para mañana.

—Así es como debe hablar el hijo de Ana... ¿Fumas la pipa?

—No, no fumo más que cigarrillos.

—Haces mal, créeme, pero también tengo cigarrillos para mis huéspedes.

El ruido de un coche que se detenía frente á la puerta, vino á interrumpir aquel diálogo.

—Es Marina que vuelve de la iglesia,—dijo el señor Plavicki.

Polaniecki se asomó á la ventana. La joven que en aquel momento se apeaba del carruaje, iba vestida de color de rosa, y llevaba un sombrero de paja.

—¿La conoces ya á mi hija?—preguntó Plavicki.

—Tuve el gusto de trabar conocimiento con ella anoche.

—¡Una buena muchacha! Es inútil que te diga que sólo por ella vivo.

En este momento llamaron á la puerta y una voccecita fresca preguntó:

—¿Puedo entrar?

—Sin duda. Estanislao está aquí,—respondió el señor Plavicki.

Marina entró con viveza en la habitación, corrió á abrazar á su padre y tendió una mano á Polaniecki.

Con un traje de percal rosa, llevando el sombrero colgado del brazo, aparecía verdaderamente encantadora. Hubiérase dicho que con ella acababa de entrar la fresca luz de la mañana, el festivo aire de un día de fiesta. Con el cabello ligeramente descompuesto, vivaces los ojos y coloreadas las mejillas, parecía la personificación de la juventud, y

produjo á Polaniecki impresión todavía más favorable que la de la noche anterior.

—La misa mayor se celebrará un poco más tarde de lo acostumbrado,—empezó á decir ella dirigiéndose á su padre.—El canónigo ha tenido que ir, inmediatamente después de la primera misa, al molino á llevarle á toda prisa el Viático á la señora Sintkavoski que se halla á las últimas.

—Mejor,—respondió Plavicki.—Así podré hacer más rato de compañía á mi Estanislao.—Te digo que es el verdadero retrato de la pobre Ana; si la hubieses conocido convendrías conmigo en que es así. Y además te hago notar, Marina, que hoy es nuestro huésped como pariente y como amigo. Mañana, si le place., será nuestro acreedor.

—Siendo así,—observó la niña,—podremos pasar un buen domingo.

—Anoche,—interrumpió Polaniecki, solo por terciar en la conversación,—me olvidé de transmitirle recuerdos de la señora Emilia Evatovski.

—Hace algunos años que no la veo, pero nos escribimos con frecuencia. ¿Habrá marchado á Reichenhall con la pequeña.

—Estaba haciendo los preparativos de viaje.

—¿Cómo está la niña?

—Es demasiado alta para su edad. Está muy anémica y en conjunto es una chiquilla débil y enfermiza.

—¿La visita usted con frecuencia?

—Con mucha frecuencia. Es una de mis relaciones de Varsovia que más estimo.

—Dime, chico,—repuso el señor Plavicki mien-

tras se metía en el bolsillo del chaleco un par de guantes nuevos,—¿á qué te dedicas en Varsovia?

—Me he asociado con un tal Bigiel y negocio en granos, azúcares y alguna que otra vez en maderas; en una palabra, en todo lo que se me presenta.

—Yo creía que eras ingeniero.

—Lo soy; pero desde que volví del extranjero, no pudiendo hallar un destino, me he dedicado al comercio, para el cual siempre he tenido ciertas disposiciones.

—Vivimos en una época en que no es lícito avergonzarse de tener una ocupación, sea ésta la que fuere,—hizo notar con cierta dignidad el señor Plavicki.—No estamos obligados todos á seguir las viejas tradiciones de la familia. Además, el trabajo no resulta un desdoro para nadie.

Polaniecki, que al entrar la joven había recobrado su buen humor, rióse cordialmente de la salida del viejo, dejando ver dos hileras de dientes blancos y sanos.

Marina se sonrió también y observó:

—Emilia me dice á menudo en sus cartas que trata usted los negocios con mucho criterio y discernimiento.

—La señora Emilia entiende tanto de negocios como la pequeña Litka.

—Lo creo; nunca ha sido una mujer práctica. Si ha salvado su hacienda lo debe á su cuñado y al señor Teófilo, que le tiene mucho cariño á la pequeña.

—¿Quién es capaz de no querer á la señorita Litka? Yo mismo la profeso un verdadero afecto,

Es una niña muy simpática, que sabe conquistar todos los corazones.

Mientras le escuchaba, Marina contemplaba con aire pensativo su rostro franco y abierto, y pensaba:

—Debe de tener un poco de mal genio, pero tiene corazón.

El señor Plavicki advirtió que era hora de ir á misa.

Separóse de Marina como si debiera estar ausente de ella un mes, y por último trazó sobre su frente la señal de la cruz y tomó el sombrero.

Marina estrechó cordialmente la mano de Polaniecki, el cual, mientras acompañaba al viejo, iba pensando:

—Es muy bonita y muy simpática.

Cuando hubo salido del callejón, el coche dió la vuelta por un camino á cuyos lados se elevaban viejos abedules, colocados á distancias desiguales, y entre cuyas ramas volaban las urracas y las abubillas.

A lo lejos, en los senderos que cruzaban los campos cubiertos de espigas de granos amarillentos ya, caminaban las jóvenes aldeanas de las cuales gracias á la altura de las espigas, solo se alcanzaba á ver las cabezas cubiertas con pañuelos encarnados que semejaban enormes amapolas en flor.

—El campo promete,—observó Polaniecki.

—No está mal. Tú, amigo mío, eres joven, y por lo mismo te puedo dar un consejo que te será muy útil para el porvenir. Cumple siempre tus deberes, y lo demás déjalo al cuidado de Dios. El sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. Este año la

cosecha será abundante; yo lo había previsto ya, porque Dios cuando me quiere castigar me envía siempre una señal.

—¿Cuál?—preguntó asombrado Polaniecki.

—Siempre que amenaza alguna desgracia, de debajo del estante de las pipas, no sé si habrás reparado en él, sale durante algunos días un ratón que da vueltas por el tapiz.

—Habrá algún agujero en la pared.

—¡Quiá!—respondió el viejo medio cerrando los ojos y sacudiendo misteriosamente la cabeza.

—Ponga usted un gato en su habitación.

—Por nada del mundo; si esta es la voluntad del Señor, yo tengo el deber de respetarla. Este año no ha aparecido ratón alguno. Tal vez Dios, con esta señal, quiere advertirme que vela sobre mi familia. Mira, querido: yo sé que la gente habla de nosotros y cree que estamos arruinados, ó cuando menos avocados á la ruina. Tú mismo vas á juzgar. Kerzemien, junto con los predios de Stocki, Magierov y Sacacin tiene una área de unas doscientas veinticinco hectáreas. Sobre ellos hay cerca de ciento treinta y cinco mil rublos de débitos hipotecados, incluso el tuyo. Ahora calcula tres mil rublos por hectárea, que forman seiscientos setenta y cinco mil rublos, en total ochocientos diez mil rublos.

—¡Cómo!—interrumpió vivamente Polaniecki.—Pero, tío, usted suma los créditos con los débitos.

—Naturalmente. Si la finca no tuviese valor, nadie me daría un céntimo, y de consiguiente tengo que agregar los débitos al valor de la finca.

Mientras Polaniecki pensaba que aquel hombre

estaba loco y que era inútil hablar con él, Plavicki continuó:

—Magierov lo quiero dividir en lotes y vender el molino. En Stocki y en Sacacin hay gran riqueza de marga. ¿Sabes cuánto vale? Dos millones de rublos.

—¿Ha hallado usted ya comprador?

—Dos años atrás vino á verla y á buscar muestras un tal Scaun. Verdad es que no me habló de comprarla, pero estoy seguro de que volverá. Por otra parte, cuento con el ratón que no se me ha vuelto á aparecer desde aquel entonces.

—Es probable que vuelva.

—¿Sabes lo que pienso? Ya que tú estás metido en los negocios, podrías ocuparte de eso. Naturalmente, tendrías tu comisión.

—No tengo ni tiempo, ni medios.

—Búscame otro comprador. Te abonaré el tres por ciento.

—¿Qué piensa de eso su hija de usted?

—Marina es una niña que vale un Potosí; es de mi opinión; confía en la Providencia.

Entre tanto habían llegado frente á la pequeña iglesia de Vatoré. A la sombra de los árboles veíanse los vehículos de los fieles. El señor Plavicki se santiguó.

—Esta es nuestra iglesia,—dijo.—Tú deberías acordarte de ella. Aquí han sido enterrados todos los Plavicki y creo que no tardaré en serlo también yo. Ningún otro sitio encuentro tan adecuado como este para rezar.

—Presumo que la iglesia estará atestada de gente,—dijo Polaniecki.

—Veo el carruaje de Gatoski, el de Yamiz y de muchos otros. ¿Te acuerdas de la familia Yamiz? Ella, una mujer extraordinaria, él, en apariencia un excelente administrador y un buen consejero, pero en realidad un necio que de nada entiende. Cuando hayamos oído el oficio, te conduciré á la tumba de mi primera mujer; ruega por ella, ha sido pariente tuya. Era una mujer excelente. ¡Que Dios la tenga en gloria!

Para no verse obligados á pasar por entre la multitud, penetraron en la iglesia por la sacristía. Las mujeres estaban sentadas en los bancos colocados á ambos lados del coro. El señor Plavicki tomó sitio junto con Polaniecki al lado de los señores Yamiz.

El marido era un viejo cuyo rostro inteligente denunciaba una pesadumbre interior; la mujer contaba unos cincuenta años, pero llevaba, como Marina, vestido de percal y sombrero de paja. La manera como el señor Plavicki la saludó, la amigable sonrisa que cambió con ella, podían dejar creer que entre los dos existían estrechas relaciones. La presencia de Polaniecki despertó desde luego la curiosidad de la señora. Examinóle un instante á través de su lente, pero sin poder adivinar quién era el compañero del señor Plavicki.

Al entrar en la iglesia despertáronse en el joven los recuerdos de la infancia. En ella nada había cambiado.

Al exterior y frente á una de las ventanas, elevábase aún la misma encina cuyas oscuras ramas agitadas por el viento, venían á chocar contra los vidrios. La luz, pasando á través de las hojas, lle-

naba la nave de una claridad de un verde pálido.

Polaniecki, cuya mente estaba constantemente ocupada por los recuerdos de otros tiempos, empezó á pensar, por una asociación natural de ideas, en lo fugaz de la vida y á preocuparse de no tener á quien transmitir todo lo mejor que existía en él. De repente, se le apareció como en sueños la graciosa figura de Marina con su largo traje de verano, apretado en torno de su joven y flexible talle.

Antes de que él partiera de Varsovia, la señora Evatovski le había dicho:

—Si no vuelve usted de Kerzemien enamorado de Marina, le prohibo para siempre pisar los umbrales de mi casa.

El había sostenido que el único objeto de su viaje era el cobro de su crédito. Esto, sin embargo, no impidió que partiera llevando aquella idea en la imaginación. Si no hubiese tenido la esperanza de hallar á Marina, tal vez no se habría movido, y para cobrar su crédito habría hecho por carta la reclamación al padre, recurriendo de seguro á una citación.

—Es hermosa como un día de Mayo—pensaba— y ella lo sabe.

Estaba deseando con impaciencia que terminase la misa y tenía prisa por volver al predio para proseguir el estudio que se había propuesto hacer sobre las mujeres.

Apenas hubieron terminado los divinos oficios, el señor Plavicki se santiguó de nuevo y salió rápidamente de la iglesia, seguido de Polaniecki. Dos cosas traía en su imaginación: en primer lugar, quería ir á rezar ante la tumba de sus dos difuntas

mujeres; en segundo lugar quería acompañar á la señora Yamiz hasta su coche. Y como no quería renunciar á una ni á otra de estas dos cosas, convenia que se diese prisa.

Trasladóse, pues, con su huésped al cementerio, situado á uno de los costados de la iglesia, se arrojó por algunos minutos rezando devotamente, secóse luego los ojos humedecidos por el llanto, y cogiendo el brazo de Polaniecki, exclamó:

—Las he perdido á las dos y aun tengo que vivir.

Frente á la iglesia se encontraron con los señores Yamiz y el joven Gatoski.

El señor Plavicki presentó á Polaniecki, y volviéndose luego á la señora y sonriéndose como quien está convencido de decir una frase ingeniosa, lo presentó así:

—Un pariente que ha venido para abrazarme... y para estrujarme.

—Nosotros no permitimos más que lo primero,— exclamó la señora Yamiz;—de lo contrario tendrá que habérselas con nosotros.

—En Kerzemien (roca, peña),—prosiguió Plavicki,—puede romperse los dientes, aun cuando sea joven y robusto.

—¡Es inaudito tanto valor!—repuso la señora.— ¿Cómo está usted hoy?

—En este instante me siento sano y robusto.

—¿Y Marina?

—Ha venido á la primera misa. A las cinco les aguardamos á todos. El tiempo es excelente.

—Veremos si mi neuralgia me lo permite... y si consentirá mi señor marido.